



«LA RUA» del Paseo de Gracia. Dibujo de Ricardo Opisso publicado en el semanario «El Señor Canons»

LOS DIBUJANTES HUMORISTAS. FIELES OBSERVADORES DE LAS COSTUMBRES DE SU EPOCA. SON UNOS AUTENTICOS HISTORIADORES DE LAS FERIAS Y FIESTAS DE LA CIUDAD

YO estaba convaleciente. A las once de la mañana, mi madre, encorsetada y vistiendo un "matiné" blanco, entraba en mi habitación. Sostenía una bandeja en la que había una taza de caldo, unos bizcochos y media copita de jerez. Eran las vitaminas de aquel tiempo.

A las doce llegaba el doctor Petit. Vestía de chaqué y cobraba tres pesetas por visita. Volvía por la noche, lo que representaba un total de seis pesetas. El doctor Petit, después de tomarme el pulso y de inspeccionarme el blanco de los ojos, decía:

—Veremos, veremos... Mañana volveré.

Luego, al despedirse en el recibidor, decía a mi madre:

—Nada de estudios, ni cavilaciones. Que se distraiga.

Advertencia inútil porque yo ya me distraía copiando los dibujos de Ricardo Opisso.

Así nació mi afición al dibujo.

Los dibujantes de mi generación y los de la generación siguiente no podemos quejarnos de no haber tenido buenos maestros. De lo único que podemos quejarnos es de lo mismo que sufren los "600": de falta de aparcamiento. Los dibujos de Ricardo Opisso se publicaban a página entera o a doble página. Al dibujante se le brindaba espacio para desarrollar las más complicadas composiciones. Y el que era buen observador y dominaba la perspectiva y la técnica del dibujo nos ofrecía escenas de costumbres, fiestas populares y aspectos de la vida ciudadana, que después de ser admiradas y delectadas podían archivar como auténticos documentos de la época. Yo recuerdo "La rúa en el Paseo de Gracia", "La ermita de San Medin", el desfile de "Els tres tombs" y otras dobles páginas del maestro Opisso y me compadezco a mí mismo y a todos los dibujantes que se ven obligados a encerrar sus dibujos en unos nichos reducidos en los que sólo queda espacio para el chiste.

En los semanarios "¡Cu-cut!" y "L'Esquella de la Torratxa", y más tarde en "Revista Nova", han quedado históricamente las dos primeras décadas de nuestro siglo. Usos, modas, fiestas y costumbres están reproducidas por la mano diestra guiada por el ojo sagaz de aquellos maestros.

Copiando a Opisso, admirando a Junceda, imitando a Cornet, pidiendo consejos a Llaverías y asombrándome ante las composiciones de Nogués (Babel) fue creciendo mi afición al dibujo humorístico.

El primer dibujo que mandé a "L'Esquella de la Torratxa" mereció esta respuesta en la sección de "Correspondencia": "Joven, eso de dibujar a todos los personajes con las manos metidas en los bolsillos, no vale. Hay que aprender a dibujar manos."

Habían descubierto mi truco. Era cierto que yo no sabía dibujar una mano y todos mis personajes dialogaban con las manos enfundadas.

En cambio, Opisso, Junceda, Cornet, Llaverías y Nogués, los cinco «ases» de aquel tiempo, se atrevían con la feria de belenes del pie de la Catedral, la feria de gallos de la Rambla de Cataluña, la feria de San Poncio de la calle del Carmen, el "entierro de la sardina" del miércoles de



Los mascarones que circulaban por las calles de la Unión, Conde del Asalto y Ramblas, la noche del «Carnestoltes». Dibujo de Cornet



Noche de verbena, desde la azotea según un dibujo de Junceda



«El mercat de Calaf»

dibujo de Javier Nogués que figura en el libro «Catalunya pintoresca»

Ceniza, las fiestas de la Plaza Nueva, las verbenas... Todo quedaba plasmado gracias al talento de aquellos prodigiosos maestros.

Contemplando la colección de "¡Cu-cut!", de "L'Esquella de la Torratxa" y de "Patufet" experimento una emoción muy parecida a la que me causan las pinturas de "El Prado" o de cualquier otro museo. Allí está dicho todo y expresado todo con la mejor técnica y estilo. Es como si en plena carrera uno topara con la barrera del sonido. Y entonces a uno le entran ganas de refugiarse en lo abstracto y exclamar: "¡Después de estos maestros, el Diluvio, y volvamos a comenzar por el cero-nada!"

Sería lo más cómodo. Con cuatro manchas, un puñado de tomillo y un poco de mermelada pegada en una tela daríamos una idea de la feria de San Poncio; nos bastaría un saco desgarrado y un antifaz clavado en un ángulo para dar una visión aproximada del Carnaval de 1915, y una pluma de ganso aprisionada entre tela y cristal bastaría para evocar la feria de gallos de la Rambla de Cataluña.

Con tan preciados documentos las futuras generaciones conocerían las viejas costumbres, poniendo, eso sí, a contribución toda su imaginación.

Cayetano Cornet venía a mi casa y me decía: "¿Se acuerda usted de cuando le suspendí de dibujo lineal?" En aquel tiempo Cornet era catedrático de la Escuela de Ingenieros y más tarde fue el director.

Cornet fue, además de un fiel notario de las costumbres, un formidable caricaturista político. Algunos de sus dibujos contemplados ahora, producen escalofríos. Pero, ¡con qué seguridad construía sus personajes y qué corporeidad les daba!

Juan Junceda, agudo, angélico o lírico, según el tema y la ocasión, era quizás el más íntimo. Ricardo Opisso es el dibujante de los exteriores; Junceda era el de los interiores. Sin embargo, resultaría difícil encasillar y definir a un hombre de sus extraordinarias facultades, que con la misma maestría ilustró los "Viajes de Gulliver", los cuentos rusos y el "Quijote de la Mancha".

En cuanto a Llaverías, pintor y dibujante, fue un notable acuarelista y el mejor dibujante animalista que yo he conocido.

De los cinco maestros nos queda Ricardo Opisso. En su taller continúa dibujando. Su pulso todavía es firme. Los dibujos se amontonan sobre las sillas. Hay carpetas encima del sofá y los sillones. Sobre la blanca cartulina va trazando líneas concretas, escorzos atrevidos, perspectivas sabiamente estructuradas... ¡Qué gran dibujante!

Y yo pienso en lo maravillosamente evocativo que sería un álbum de dibujos titulado "Ferias y Fiestas de Barcelona" reproduciendo las bellas estampas creadas por este coloso del dibujo.

Este álbum, editado por el Departamento de Atracción de Forasteros de nuestro Ayuntamiento y difundido por dentro y fuera de España, constituiría un alcate para los de fuera y un estupendo documento para los de dentro.

VALENTIN CASTANYS

Este artículo nos lo remitió Valentín Castanys poco antes de su muerte. Lo escribí con mucha satisfacción —nos dijo— porque iba a publicarse bajo el gran lema de las Fiestas de la Merced. Ahora lo ofrecemos a nuestros lectores como un homenaje póstumo al gran artista, escritor y amigo que se nos ha ido.